

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR. 2 DE FEBRERO

1. Introducción: las antífonas de la procesión

“Hoy tu Hijo Único, engendrado eternamente, es presentado en el templo y el Espíritu Santo, por boca de Simeón, lo señala como la gloria de tu pueblo y la luz de las naciones. Nosotros también gozosos, vamos al encuentro del Salvador, te cantaremos con los ángeles y todos los santos...”, dice el celebrante al cantar el Prefacio del día.

La Candelaria que por mucho tiempo recibió el nombre de “Purificación de María” es a la vez una fiesta del Señor y de su Madre. La Presentación del niño en el Templo no era un rito prescrito por la ley mosaica, a la inversa de la purificación de su madre; práctica piadosa, los padres de Jesús la hicieron suya, *para que su niño hiciera su primera entrada en la casa de su Padre:*

*“Puertas, levantad vuestros dinteles,
alzaos portones antiguos,
para que entre el rey de la Gloria!” (Sal 23,7. 9).*

Y que allí, en la casa del Dios de Israel, haga la ofrenda de sí mismo a su Padre:

*“No querías ni sacrificio ni oblación,
no pedías holocaustos ni víctimas,
dije entonces: Heme aquí, que vengo.
“Se me ha prescrito en el rollo del libro
hacer tu voluntad” (Sal 39,7-8).*

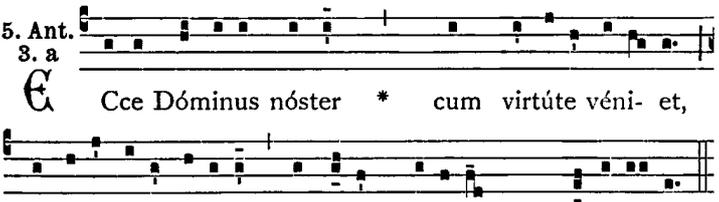
Aquello que el anciano Simeón, inspirado por el Espíritu, ve en Cristo, es expresado en un *Cántico* que habla del cumplimiento de las promesas; ha visto con sus ojos la Salvación de Dios, aquello que Isaías anunciaba en su libro de *Consolación*, especialmente en 42,5 y en 52,10. El niño no es otro que el Servidor de Yahvé

prometido por el profeta. El tema del “Servidor” de Isaías inspira el *Nunc dimittis*: la revelación que trae a las naciones, la glorificación que recibirá cuando haya finalizado su obra de redención, y la luz se haya esparcido por el mundo entero.

La liturgia del día con su procesión es muy rica. Jesús ha sido dado a los hombres para ser ofrecido por ellos a Dios y Dios lo devuelve a los hombres como devuelve a los padres su primer – nacido, luego de haberlo recibido.

Mientras llega el celebrante a la asamblea que lo espera se canta:

5. Ant.
3. a



Ecce Dominus noster * cum virtute veni- et,
ut illuminet oculos servorum suorum, alle-lu- ia.

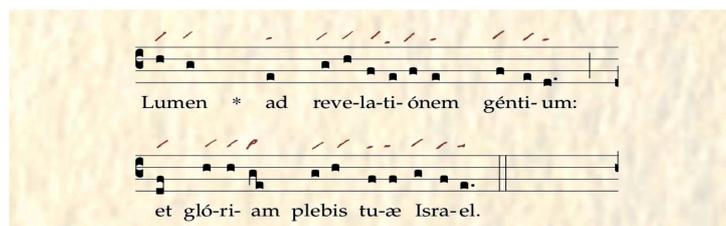
Esta antífona tiene la virilidad propia de las melodías que vuelcan toda la fuerza de sus acentos musicales sobre los acentos gramaticales. Tiene un claro estilo procesional e introduce dentro de esta celebración el simbolismo musical de la marcha, tan propia de la teología de esta fiesta: Él viene a nosotros, al Templo, y nosotros vamos a Él, a su encuentro, como Simeón. Simeón “recibe” y María lo “presenta”, mientras que, simbólicamente, Él se ofrece al Padre y el Padre lo entrega por nosotros. Por eso se da una alternancia especial en estos cantos. Los que cantan esta primera antífona (*Ecce Dominus noster*) no son los de la procesión (como está previsto en el ritual) sino los que los reciben cantando: *He aquí a nuestro Señor que viene con poder*. Es una de las grandes riquezas de los símbolos de esta Misa: da la impresión que cada uno toma el rol del otro, tal como lo dirá el *Alleluia*: *El anciano tenía en brazos a Aquél que lo guiaba*¹.

La melodía reviste una gran simplicidad, lo que le permite, con pequeños toques, resaltar mejor lo que desea: *ut illuminet oculos servorum suorum* (*para iluminar los ojos*

¹ Tomado de OURY, G. M., *Celebrar a Cristo*, ECUAM 2001, Fiesta de la Presentación.

de sus siervos). La melodía hace esa pequeña ascensión al DO, la Dominante, para hacer hincapié en la luz que trae el Señor para los suyos (*iluminet*). Esa pequeña subida resalta también el modo de toda la primera frase, que gira en torno al SI, donde está ubicado el Señor (*Ecce Dominus*). La segunda en cambio va buscando la Fundamental en el MI, al cual llega de a poco, en un movimiento cadencial por etapas, para cerrar con el *alleluia* final que por primer vez, y en dos ocasiones, trabaja sobre ese MI, que da un matiz muy especial a la antífona, de serenidad firme. En efecto, tanto la melodía como el texto revisten una gravedad que contradice al modo 3: el que viene es el “Señor, nuestro Dios”. El carácter teofánico de este ingreso podría referirse más al ingreso de Cristo en Jerusalén que a la llegada del Niño al Templo.

Al momento de encender las candelas el celebrante realiza una exhortación en la que pone de manifiesto cómo todavía la liturgia sigue viviendo bajo la luz de la Epifanía, de la manifestación luminosa de Dios en el niño de Belén, y llama a “todos” a acercarse donde Él está, en el Templo, “en la fracción del pan”. Por eso, aunque estemos en el llamado “tiempo del año”, la Iglesia todavía sigue viviendo bajo la luz de Navidad y Epifanía, hasta la llegada de la Cuaresma. Esa “fracción del pan”, centro de toda Eucaristía, hoy queda así iluminada como una epifanía y es esa nueva luz Pascual la que ingresa al Templo con el canto de la antífona: *Lumen ad revelationem*:



Esta antífona, con su modo 8 que hace girar la pieza en torno a su Fundamental SOL, nos presenta dos mundos que tienden a unirse a lo largo de la antífona, uno sobre la Fundamental y otro por debajo: el divino y el humano. Aquí, la luz divina viene de lo alto, de la Dominante DO: allí está la Luz y la Gloria (*et gloriam*). Y en los dos casos esa luz va descendiendo hasta encontrar, primero a las naciones gentiles, y luego a Israel. Para unos es luz (las naciones paganos), para Israel es su “Gloria”. Así tenemos la unión

en el SOL de la luz divina con su pueblo y, gracias a ello, la unión de los gentiles con Israel. Pero, de modo especial, la luz en lo humano de lo divino, es Dios que viene en un hijo de Israel.

“Está oblación única de los hombres a Dios le es hecha hoy por las manos de María” escribe el P. Gibienf, discípulo de Bérulle, y Dios aun teniendo en sus manos el poder de retenerla, la pone nuevamente entre las manos de María y por las manos de María, en poder de los hombres. Como si el Espíritu Santo, conduciendo de la mano al Evangelista, hubiera querido insinuar que es la ley ritual, esa ley de símbolos y sombras, ley profética de una mejor ley, que otorga a los Padres la facultad de recoger a sus primogénitos y conservarlos bajo su potestad. No hubiera sido hecha sino en relación y homenaje a aquella que sucede en este misterio, donde Jesús es entregado en poder de los hombres por manos de María que nos representa a todos como nuestro Reina y Madre”².

2. La antífona *Obtulerunt* y el relato de san Lucas

Comentando a san Lucas los Padres de la Iglesia, desde Orígenes, ven en la Presentación de Jesús más que un simple relato histórico, ven una profecía y un símbolo de su Pascua. Hay muchos elementos en esta liturgia que apuntan a ello: la espada que atravesará el corazón de María, las ofrendas de expiación, Jesús como piedra de tropiezo y, finalmente, la Luz Pascual. Y, por eso mismo, veían en la Presentación una verdadera Epifanía, de allí la importancia del símbolo de la luz en las candelas y palabras de Simeón.

La fiesta de la Presentación tiene una larga historia en la formación de su rito tal como se lo celebra hoy, con sus distintos componentes, tanto en la Misa como en el Oficio de las Horas. Con ella se termina la celebración de las fiestas en torno a Navidad, pero también ella prepara a la Cuaresma y Pascua. Es más, para los exégetas, estos relatos

² OURY, G. M., *Celebrar a Cristo*, Ecuam 2001, Fiesta de la Presentación.

de la infancia, en san Lucas, tienen por objeto hacer una primera presentación, simbólica, de aquellas realidades que se harán plenas y claras en la Pasión-Resurrección de Cristo. La conexión con textos que fueron centrales en el ciclo de Navidad (como la profecía de Malaquías 3), así como los otros que anuncian la Pasión-Resurrección, lo dejan ver claro: toda la fiesta está orientada a ver la presentación como la entrada de Cristo en Jerusalén para presentar su cuerpo como ofrenda expiatoria, ahora, en manos de sus padres, luego, por sí mismo.

En el siglo IV esta fiesta se celebraba en Jerusalén, como el encuentro de Simeón con el niño Jesús (de allí su nombre de *Hypapante* – *encuentro*). En el siglo VI Justiniano lleva la fiesta a Constantinopla. En el siglo VII en Roma se la celebra y se hace una procesión nocturna con velas, simbolizando la peregrinación de José y María desde Belén hasta Jerusalén para presentar al niño (donde tomaba un matiz penitencial). En el siglo VIII pasa a ser una fiesta mariana. María, como toda mujer, 40 días después de dar a luz, debe purificarse y rescatar a su hijo (cf. *Lv 12*). Y, finalmente, en el siglo X, se agrega la bendición de las velas, lo que le valió el nombre de Candelaria. Esta parte de la liturgia de la Presentación también tiene una relación muy estrecha con la Vigilia Pascual, en la cual se celebra a Cristo como Luz de los hombres. Finalmente el folclore introdujo la entrega de panqueques para los niños, como en Pascua reciben los huevos bendecidos en la Misa del Día³.

La riqueza de los elementos que componen esta fiesta, así como el relato que ha transmitido san Lucas de la Presentación, no ha dejado de provocar muchos interrogantes. El más serio gira en torno a la ofrenda que presentan María y José para rescatar al Niño. Ya desde Orígenes se hizo este planteo: ¿se puede decir que se ofrece algo por Aquél que se presenta como la única ofrenda plena y que le da valor a todas las otras ofrendas? Por eso, desde ahora, es importante aclarar que el Misterio de Cristo no permite reducirlo a un planteo histórico. Es en la Eucaristía donde todo converge y, a su vez, pasa a ser vida en nosotros. Cristo es la recapitulación de toda la historia de la salvación, de la pasada y la futura, tal como la canta san Pablo en sus

³ Ver: <http://www.marieclairmaison.com/recettes-de-crepes-pour-feter-la-chandeleur,200091,496384.asp>.

himnos de las Cartas a los Efesios y Colosenses. Y es por ello que ya, en la Presentación, celebramos la Pascua de Cristo.

Tal como lo narra san Lucas, en la Presentación del Señor entran en juego, según la mayoría de los exégetas, tres leyes de la Torah: la ofrenda de un par de tórtolas o pichones por la purificación de la madre (cf. *Lv* 12,1 ss.), y la consagración del niño recién nacido al Señor (cf. *Ex* 13,1-2), rescatándolo con 5 siclos de plata (cf. *Nm* 18,15) para lo cual no estaba prescrito llevar al niño. Sin embargo todo el relato de Lucas converge en la presencia del Niño, para lo cual utiliza un verbo sacrificial (*parastésai*), mostrando con ello que el verdadero sacrificio que se da hoy no son los pichones, sino el Niño, coronamiento y plenitud de todas las leyes litúrgicas de la Torah.

Por otra parte el gran modelo que subyace al relato de la Presentación, como también del Magnificat, es Ana, entregando a su hijo Samuel para que viva en el Templo con el sacerdote Elí. Sus palabras en *1 S* 1,11 hacen ver que lo entrega bajo las normas del *nazir*, la persona consagrada a Yahvé según *Nm* 6. En ese texto -muy rico en sentido cristológico- se habla también del *nazir* cargando con la expiación de una sangre ajena, y establece que se purifique de esa sangre presentando “dos tórtolas o pichones de paloma”. El Niño es presentado y “consagrado” a Dios como “*nazir*”.

Todo este problema exegético queda resuelto en la antífona procesional inmediatamente anterior a la entrada en la Iglesia con las velas encendidas (*Obtulerunt pro eo Domino*). Su composición es tardía y no hay ningún testimonio manuscrito paleográfico. En este responsorio se han agregado palabras al texto de la Escritura, sin embargo lo más importante es cómo sintetiza y aclara el movimiento general del relato de san Lucas y, gracias a ello, la clarificación del sentido de los preceptos culturales del AT.

La antífona construida como Responsorial está estructurada así:

1. *Obtulerunt pro eo Domino par turturum aut duos pullos columbarum*
2. *Sicut scriptum est in lege Domini*

3. *Postquam autem impleti sunt dies purgationis Mariae, secundum legem Moysi, tulerunt Iesum in Ierusalem, ut sisterent eum Domino.*
4. *Sicut scriptum est in lege Domini.*

Las frases 1 y 3 presentan el cumplimiento de las normas cultuales de la Ley. Las frases 2 y 4, que son la misma respuesta (“responsorial”), dice *“como está escrito en la Ley”*. Así la “Liturgia” presenta la unificación del Misterio de Cristo, recapitulando las mismas Sagradas Escrituras, en apariencia muy distantes.

La frase 1 comienza con la expresión *“obtulerunt pro eo”* (*ofrecieron por él*). El verbo está en pasado, afirmando el cumplimiento del rito -cosa que no está en Lucas- y luego sigue diciendo en forma confusa: *dos tórtolas o pichones de paloma*. En primer lugar aquí queda claro que la “ofrenda de los pichones” es por el Niño (*pro eo*; el nazireo) y no por la ley de purificación de la madre.

La frase 3 -la complicada- hace un agregado muy especial: *“cuando se cumplieron los días de la purificación de María...”*. Lucas no pone el nombre de María y, según los teólogos, se debe a la grandeza que tiene la figura de María en su evangelio, llevando al Hijo de Dios en su seno. ¿Cómo va a ser purificada la que llevó en su seno la Pureza misma? Por eso esta antifona desconcierta a la mariología. Sin embargo esa frase, siguiendo el género musical y retórico del *Responsorio*, continúa diciendo: *“llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo (en sacrificio) ante el Señor”*. Es decir, lo que podría parecer que se trata de la purificación de María por la ofrenda de “dos pichones de paloma” termina siendo una purificación por la presentación y ofrenda (*obtulerunt*) de Jesús mismo. Y eso sí tiene sentido teológico y bíblico.

Todas estas relecturas de leyes y hechos, en apariencia contradictorios, que se dan en el relato de Lucas, la liturgia los resuelve presentándolos bajo la mirada de Dios, tal como Él los ve. Y, bajo esa luz, se cantará en el *Alleluia* de esta Misa: *El anciano Simeón llevaba en sus brazos al Niño; pero el Niño conducía al anciano* (se canta también antes

del *Magnificat*, en Vísperas)⁴. El Misterio de Cristo recién descubre su lógica interna cuando se lo ve desde la mirada de Dios.

3. Análisis del Introito



Intr. 1.

S Uscé-pimus, * Dé- us, mi-se-ri-córdi- am tú- am
 in mé- di- o témpli tú- i : secúndum nómen
 tú- um, Dé- us, i- ta et laus tú- a in fí- nes
 tér- rae : justí- ti- a plé- na est déxte- ra tú- a.
 Ps. Mágnum Dóminus et laudábi- lis nimis : * in ci- vi- tá- te
 Dé- i nóstri, in mónte sáncto é- jus. Gló- ri- a Pátri.
 E u o u a e.

Dom Gajard caracteriza este Introito así: “Es, ante todo, una acción de gracias a Dios por todo lo que ha hecho por el hombre... una acción de gracias gozosa, afectuosa, filial : todo es natural, simple, animado, con gracia, al menos en el comienzo. No es una acción de gracias solemne; hay regocijo, se sabe ser amados y por eso se canta. Eso es todo”.

En efecto, para los Padres de la Iglesia el salmo 47, del cual está tomado el Introito, es un salmo profundamente eucarístico, de acción de gracias. San Benito lo hace cantar cuando se recibe a un huésped (RB 53,14-17) y la tradición lo usa también para el rito de comienzo del noviciado. Y, por eso mismo, tiene un valor de comunión y comunitario que es el que está detrás de la imagen del Templo y el uso del plural del

⁴ El texto completo es: *Senex puerum portabat, puer autem senem regebat, quem virgo peperit, et post partum virgo permansit, ipsum quem genuit, adoravit. (El anciano llevaba al niño, pero el niño regía al anciano. Al que engendró la Virgen y después del parto siguió siendo virgen y al mismo que engendró lo adoró).*

verbo *Suscepimus*. Se trata de la asamblea litúrgica que recibe al Señor. Es la comunidad entera la que da gracias a Dios por haber recibido *miserordiam tuam*. En rigor esta expresión y composición musical del *Suscepimus* (*hemos recibido*) es la respuesta a lo cantado en otra antífona de la procesión: *Adorna thalamum tuum, Sion, et suscipe Regem Christum* (*recibe a Cristo Rey*).

De allí que se haya optado por darle esa fórmula musical tan rica del modo 1 para las entonaciones. Teniendo en cuenta que ese canto es la expresión de algo largamente esperado (Simeón, Ana) se trata de una verdadera *confessio*, que es otro de los nombres con que se traduce el hebreo *todah*, que también es “acción de gracias” y “alabanza”. Se trata de esa Presencia que el Profeta Ezequiel (c. 10,18) había visto salir del Templo, ahora, en Cristo, vuelve y quedará por siempre.

De este modo, en la primera frase la melodía encuentra tres ejes principales que están muy bien resaltados en sus acentos y construcción musical: *Suscepimus; misericordiam tuam*, la misericordia, deteniéndose con dos notas en el DO, y finalmente, el “*in medio*” cuya construcción sorprende por el valor que toma, pero que es la insistencia en que esa Presencia se da “*en medio del Templo*”, en el centro de la comunidad, de la asamblea que celebra.

Por eso en esta primera frase musical la acción de gracias tiene dos momentos claves: la entonación, que parte desde la Fundamental RE (en rigor desde el DO) y hace todo el recorrido de la quinta, reposando en el LA. Sin embargo, como decía Gajard, esta fórmula de entonación se da dentro de un ritmo ágil y gozoso, cuyos neumas son muy simples y sólo están en función del acento gramatical de cada palabra. Esta primera frase tiene su *climax* en *miserordiam*, donde el acento de la palabra recibe dos notas seguidas sobre el DO. Luego la melodía le da un valor especial a ese *in medio* que aquí es la fórmula de la Presencia en el Templo.

La segunda y tercera frase realizan un cambio. El tiempo verbal, que se refería a algo pasado y visto (*Suscepimus*) cambia al presente y, con ello, cambia la tonalidad de la pieza. Esa misericordia “recibida” (pasado) produce su efecto presente: la alabanza plena.

Como sigue diciendo Gajard, en el gregoriano es frecuente este cambio: de la contemplación de la obra de Dios (*suscepimus misericordiam*) se pasa a una alabanza que, musicalmente, sale fuera de sí, fuera del ámbito RE-LA del modo 1 (especialmente la expresión *nomem tuum*). Del humilde agradecimiento se pasa a la gran alabanza. Esto es propio de san Lucas en sus relatos de la Infancia: después de contar los hechos, el alma se vuelca en un canto de alabanza que le permite trascender de los modestos límites que de lo que está viviendo, para ver, en esa alabanza, en ese cántico, el conjunto de la redención (piénsese en el *Magnificat* o el *Benedictus*, o, aquí, el *Nunc dimittis*). Hasta ahora las notas y neumas eran más simples. Ahora pasan a recargarse de notas, de signos de detención, y sube a unas alturas que deja el LA como cuerda para pasarse al DO. Esta es la escuela de oración, dice Gajard, que trasmite el gregoriano: de la contemplación a la alabanza pura. Es más, el *climax* de toda la pieza se da en ese arranque de la segunda frase: *secundum nomen tuum*. La invocación del Nombre hace a la Presencia del Señor. El alma queda contemplando ese Nombre en las alturas de la melodía.

La tercera frase, en cambio, vuelve a los graves, donde asume serenidad y firmeza. Es el otro momento de la oración tal como lo trasmite el canto gregoriano, la liturgia, la Iglesia: después de la contemplación de las “maravillas de Dios” vino el júbilo gozoso y arrebatado en un canto que parecía irse como san Agustín describe el *iubilus* de los que cantan. Pero ahora, al finalizar la pieza, el gregoriano vuelve a la interioridad serena. Contempla en forma serena cómo la mano de Dios, su obrar, está llena de santidad (*iustitia*). Para ello la melodía desciende hasta la Fundamental, RE, dándole una gran firmeza a la expresión. Otra vez la melodía marca un cambio en la oración. De la exultación pasa ahora a un recogimiento interior que llena de serenidad y firme convicción de que *la mano del Señor está llena de santidad*, y a ella se abandona. Así es como el gregoriano modela la oración litúrgica, haciendo terminar las piezas en un recogimiento sereno y meditativo gracias a la cadencia final de toda la melodía.

4. Análisis del *Alleluia: Senex puerum portabat*

1. **A** Lle- lú- ia. * ij.
 ∇. Sé- nex pú- e- rum por-
 tá- bat : pú- er au-
 tem sénem * re-
 gébat.

Este *Alleluia*, como formulario, lo encontramos en varias ocasiones a lo largo del Gradual. El texto, por otra parte, es de un compositor del siglo XV y, completo, dice: *Senex puerum portabat, puerum autem senem regebat, quem virgo peperit, et post partum virgo permansit: ipsum quem genuit, adoravit.*

Lo interesante de este texto, aunque no sea bíblico, es la teología que encierra: el Niño, figura en apariencia tan indefensa y pasiva, es el verdadero autor de esta Presentación, el que verdaderamente está conduciendo a todos para presentarse por sus manos al Padre en el Templo. Por eso, otra vez, nos encontramos con la misma perspectiva de la Pascua de Cristo: es Él quien se ofrece, nadie lo entrega (cfr. Jn 2, 18).

La forma en que la melodía expresa esta Presentación es muy simple: el anciano (*senex*), lentamente, con dos neumas episemados, baja hasta los graves del modo 1 y desde allí levanta al Niño hasta el LA, la Dominante, y vuelve a bajarlo suavemente haciéndolo reposar en la Fundamental, RE. Pero en la segunda frase, para expresar que es el Niño quien levanta y sostiene al anciano, realiza una gran construcción musical muy extensa y ágil. De la lentitud del anciano se pasa a la agilidad del niño. La altura supera la Dominante, hasta donde había llegado el anciano. El Niño es quien

verdaderamente presenta al anciano. La melodía se repite igual dos veces, superando con el SI bemol al LA, y termina en una cadencia serena sobre el RE.

La tercera frase culmina la anterior (*senem regebat*) dándole toda la fuerza y dinamismo del *iubilus*. Por eso este *Alleluia* tiene dos partes bien marcada: la primera, lenta, cargada y breve. La segunda, que sigue naturalmente en la tercera, marca una diferencia muy grande, como la que hay entre un anciano y un niño.

5. Análisis de la Comunión: *Responsum accepit Simeon*

Comm.
8.

R Espónsum * accé-pit Síme- on a Spí-ri-tu

Sáncto, non vi-sú-rum se mórtem, ní-si vidéret Chrí-

stum Dómi- ní.

The image shows a musical score for a Gregorian chant. It consists of three staves of music. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one flat (B-flat), and a common time signature. The melody is written in square neumes. Below the first staff, the text 'Comm. 8.' is written. A large, ornate initial 'R' is placed at the start of the first line of text. The text continues across three lines: 'Espónsum * accé-pit Síme- on a Spí-ri-tu', 'Sáncto, non vi-sú-rum se mórtem, ní-si vidéret Chrí-', and 'stum Dómi- ní.' The second and third staves continue the melody. The score ends with a double bar line.

Las antífonas de comunión se caracterizan por dar una fuerza expresiva muy particular a los textos del Antiguo y Nuevo Testamento. Para ello suelen hacer un uso especial de los recursos del canto gregoriano. Veamos esta antífona: *Responsum accepit*, que retoma una de las antífonas de la procesión de entrada al Templo.

La primera frase se mueve dentro de los graves del modo 8 (del RE al SOL), que simboliza la realidad humana (Simeón y la revelación del Espíritu). Comienza con una entonación ágil y ligera (*Responsum*), con el matiz especial que la da nota liquescente del podatus sobre la sílaba *po*, que contribuye a representar la “inspiración” del Espíritu Santo. A partir de allí la pieza queda estabilizada en el SOL, como cuerda, y que simboliza la unión de lo humano con lo divino: Simeón recibe y responde a esa inspiración. La expresión *accepit Simeón* está fuertemente adornada y repite tres

“tórculus” en torno al SOL, que refuerzan la figura de Simeón, especialmente el último que hace una cadencia desde el LA al RE.

La segunda frase musical vuelve a partir del RE, pero ahora remonta rápidamente hasta la Dominante DO, que en el modo 8 representa el mundo de lo divino. Allí subiendo más allá del DO, Simeón supera la muerte como fruto de esa promesa de ver, contemplar al Mesías. Es lo que cantaba el canto de la Procesión “*Adorna*”, en la que Simeón, por el testimonio de su vida, hace el primer anuncio de la victoria de Cristo sobre la muerte, la de Simeón mismo que se prolongó hasta ver al Señor (el texto dice: *Simeón, tomándolo en sus manos lo proclamó ante los pueblos como Señor de la vida y la muerte*). Musicalmente esto está resaltado por la cadencia que hace la palabra *mortem*, que se detiene en el SI.

La expresión final: *nisi videret Christum Domini* recibe una construcción inversa a la entonación de la pieza: en vez de partir de los bajos, lo humano, parte del DO, el mundo de lo divino, que es el que da el apoyo y sostiene esa vida de Simeón “hasta ver” al Señor. Esta última expresión *Christum Domini* es muy firme y consistente. Hace una subida de una quinta, del FA al DO, y allí comienza su cadencia hacia la consistencia de la Fundamental SOL donde reposa con 4 notas. Ese SOL, como dijimos, intermediario entre la zona baja del modo 8 y la región divina del DO, es el lugar de la unión de la humano con lo divino: el Cristo del Señor.